

Montserrat

tras la Guerra Civil

Del fervor franquista a la ruptura

Javier Villan

MONTSERRAT es algo más que un simple monasterio. En las luchas y desarrollo del catalanismo militante, Montserrat ha sido decisivo. La montaña sagrada de los catalanes constituye un común punto de referencia, un determinante factor de cohesión para los distintos grupos que, desde ópticas no siempre coincidentes, han reivindicado la recuperación y ejercicio de la catalanidad. Especialmente en los últimos años del franquismo. En los primeros, el monasterio pasaría por una controvertida situación que terminó decantándose por el apoyo al Régimen que lo había devuelto a manos benedictinas. Veintitrés muertos en zona republicana eran muchos muertos para analizar con frialdad la verdadera naturaleza del catolicísimo Régimen triunfante. La conciencia religiosa se imponía inevitablemente sobre la conciencia catalanista por mucho que las precarias instituciones autonómicas hubiesen sido arrasadas, el idioma perseguido y las denominadas señas de identidad reducidas a ceniza. Poco a poco, el abad Escarré percibirá, como un eco primero y como un clamor después, que Montserrat es algo más que un monasterio, que es un monasterio nacional y que esta adjetivación determinante exige un sujeto: Cataluña. Con el tiempo, el abad, sea Escarré o el actual, Casià Just, o el mismo Brasó, que cubre el corto espacio de cinco años que media entre estos dos, será una figura religiosa de inevitable proyección política que amarga el imperial fervor mariano del Régimen.

MONTSERRAT se alza súbitamente, emerge de una llanura con un impulso irresistible, en vertical, rotundamente hacia el cielo. Es un desafío pétreo, una grandiosa y abrupta estructura en la que crece una sorprendente vegetación. Su altitud no es excesiva: 1.220 metros el pico más alto, el San Jerónimo, pero su agresiva verticalidad le confiere un aspecto imponente, la

alarga hacia arriba, la engrandece y distancia. Sus paredes amuralladas, sus picos, las angostas gargantas la asemejan a una gran fortaleza inexpugnable, lo cual no la apartó de los numerosos hechos militares con que la historia la ha zarandeado. En números más o menos redondos, la montaña tiene diez kilómetros de largo, cinco de ancho y veintiséis de perímetro. En uno de sus

pliegues, a setecientos metros sobre el nivel del mar, se acomoda el santuario. Desde su fundación en el siglo XI, a partir de unas ermitas cuyo origen se sitúa en el IX, le fue encomendado a los benedictinos. Momentos históricos ha habido, el más próximo la guerra civil del 36, en que ha estado a punto de cambiar de manos, pero siempre las aguas han vuelto al cauce de la regla de San Benito.



El cardenal Vidal i Barraquer con los reyes de España, Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia, detrás el general Primo de Rivera. Eran los últimos años de la Dictadura.

Indicios históricos de catalanismo

Es el abad Muntadas, reabierto el Monasterio después de la Guerra de la Independencia, quien empieza a exigir a los monjes un conocimiento mínimo del catalán, aunque muchos de ellos fueran oriundos de Castilla. No se tiene conocimiento de ningún «manifiesto de los 2300» por la medida, ni hay indicios razonables de que el castellano estuviese amenazado de extinción por las severas reglas de San Benito. En 1880-81 se celebran las

fiestas del Milenario, que incluyen un certamen literario en catalán y la ofrenda de una «Corona Poética» a la Moreneta. En el fondo, esta actitud no es un hecho aislado ni confiere a Montserrat una significación especial en el ámbito de la cultura catalana; cierto que el santuario es el santuario de los catalanes, pero por entonces esto era una idea mística, no una referencia cultural o, al menos, no era una idea cultural de significación política. La utilización del catalán por los monjes del abad Muntadas se inserta en el contexto de una compleja co-

rriente: la Renaixença que devolvería a Cataluña buena parte de sus características borradas por el proceso des-nacionalizador de Felipe V. A esa «Corona Poética» de la década de los ochenta hacía su aportación lo mejor y más significativo de los poetas de la Renaixença. Pese a todo, la comunidad nunca ha sido monolítica ni uniformista y a los monjes también llegó el reflejo de las tensiones del mundo entre catalanistas y castellanistas. Por lo que se refiere al Monasterio, éstas se harían más evidentes a primeros del siglo XX en torno a la **Revista Montserratina** que se hacía en castellano y que un grupo de frailes quería catalanizar. Esto se conseguiría paulatinamente gracias a la prudencia y mano izquierda del abad Marcet que si bien en 1913 incluye una nota en castellano, «A los bienhechores y devotos de Montserrat», el mismo año publica otra en catalán, «Als aimants tots de la Verge de Montserrat». De esta sorda, y no tan sorda, lucha en el seno de la comunidad, da puntual información el padre Curiel, adalid de los castellanistas, cuyo diario es frecuentemente citado por Massot i Muntaner en su libro «Els creadors del Montserrat Modern». El padre Curiel, refleja obsesivamente en sus anotaciones, y no sin cierta indignación, los persistentes propósitos de redactar la revista en catalán y remata la exposición de sus temores con el relato de algo que le producía tremenda aprensión: que las invitaciones para la bendición abacial eran redactadas por el abad Marcet en latín y en catalán. Cincuenta años más tarde, Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo de Franco, esgrimi-

ría un discurso de este abad, del que presuntamente se desprendería una inquebrantable adhesión a Franco, para condenar a dom Escarré y su presunto separatismo rojo. Lo cierto es que, comparado con Marcet, Escarré podría ser un peligroso izquierdista. Pero también es cierto que aquél, a pesar del factual acatamiento de los poderes constituidos, dentro de un posibilismo político y un supraterrrenal distanciamiento religioso, aseguró las primeras piedras de la catalanidad montserratina; que muchas veces estuvo en línea con Vidal i Barraquer, uno de los pocos, de los dos, obispos que no firmó la carta por la que se convertía en Cruzada la sublevación fascista del 36 y que en 1943 había presidido los Juegos Florales celebrados en el Monasterio. Era la segunda vez que lo hacía, pero ésta no en el exilio de Tolosa de Lengüadoc (1924), sino en la clandestinidad de Montserrat. Un exilio propiciado por la dictadura de Primo de Rivera y unas catacumbas labradas por la dictadura de Franco. En definitiva, ambos generales se asemejaron en los recelos a la perversidad separatista del santuario. El padre de una posterior figura nacional, «el Ausente» en la terminología mítica de la época, lo tildaba con rotundidad castrense de «totalmente separatista» y Alfonso XIII se negaba a visitarlo mientras sondeaba la posibilidad de que el Vaticano removiese, es decir deserrase, a incógnitos lugares, a la comunidad o, cuando menos, a su abad Marcet por manifiesta subversión separatista. La opinión de Franco sobre Escarré era también de un extremado rigor: «ideas liberales avanzadas»

y «extremismo regionalista».

1947. Las fiestas de la Entronización

En estricta justicia, ambas definiciones parecen excesivas. Escarré ha sido prior y abad coadjutor de Marcet, sabe de la muerte incontable de veintitrés de sus hermanos y reconoce públicamente que el Monasterio ha vuelto a los benedictinos gracias a Franco. ¿Por qué Franco propició aquel posible foco de catalanismo? Acaso pensara que los avatares a que la guerra había sometido a la comunidad y convertido el santuario en hospital militar, sería suficiente para contar con la adhesión inquebrantable de los monjes. Sorprende un poco esta actitud benevolente que Franco mantuvo durante años respecto al Monasterio. El carácter de «Cruzada contra el comunismo» del Alzamiento se transmutó en Cataluña en «guerra de con-

quista» y dada la superposición de identidades ideológicas que con frecuencia aplicaba el Régimen, ambas retóricas podían ser muy bien aplicables a Montserrat. En su libro «Cataluña bajo el régimen franquista», Josep Benet constata que, tras la caída de Barcelona, los ocupantes no hablan ni de Cruzada ni de comunismo, ni de anarquismo ni del «martirio de los religiosos. Un solo grito de victoria: Cataluña vuelve a ser España». En este ambiente postbélico, pues, se establecen unas relaciones de cierta cordialidad con la ideología triunfante que en tres cuantos años había laminado el país. Conseguida la legitimación por parte del Episcopado español, Franco pretendía, sin duda, idéntico reconocimiento —por situarse en el ámbito territorial del cardenal exiliado, Vidal i Barraquer, más significativo— por parte de la influyente Abadía. Mas sería aquí donde se iniciaría un lento resurgir



El presidente Azaña, durante su visita a Montserrat, en compañía del abad mitrado, dom Antonio Marcet.

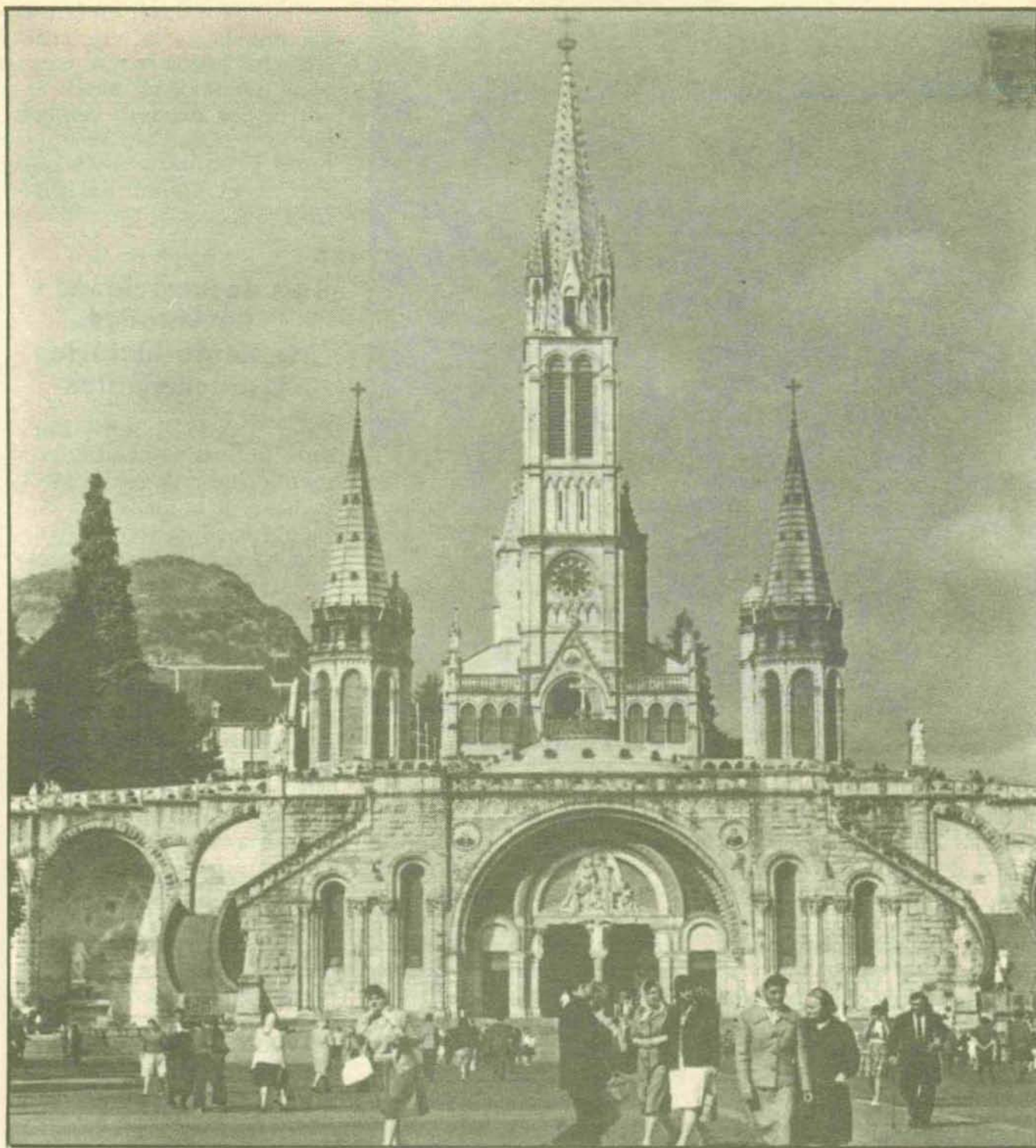
del catalanismo que terminaría provocando el airado encono del Jefe del Estado. El punto de partida fueron las Fiestas de la Entronización, el 27 de abril de 1947, de las que Josep Benet fue el principal artífice. A la sombra de Félix Escalas y Chamení, un ciudadano solvente avalado por su carencia de problemas políticos y por su abundancia de medios económicos, empezó a funcionar una nutridísima Comisión, llamada del «abad Oli-

ba». El Secretariado de la misma correspondía a otra personalidad también libre de toda sospecha, Félix Millet i Maristany, muy católico y muy de derechas, que de hecho dejó todas las iniciativas a un ex escolar montserratino, Josep Benet. Benet ha definido así a Millet: «Era un catalanista moderado, una personalidad católica de antes de la guerra que huyendo de la persecución religiosa se pasó a zona nacional. Era un financiero

importante». Por su parte, Massot i Muntaner, en «Els creadors del Montserrat Modern», lo sitúa como «antiguo presidente de la Federació de Joves Cristians de Catalunya, pasado con armas y bagajes al nuevo Régimen, pero protector de la lengua y cultura perdidas». A pesar de tan acrisolados avales, hubo que superar muchas trabas y dificultades. Culminada la suscripción popular para la adquisición del trono, se vio la posibilidad de que idéntico entusiasmo podía despertarse con una convocatoria que actuase sobre dos vertientes de segura sensibilización: la espiritual y la patriótica, fervor y cultura. Con la primera, sobre todo, por delante, el abad se dirigía en abril de 1946 al gobernador de Barcelona en estos términos: «Puesto que se trata del pueblo y de las clases más humildes del mismo a quienes deben dirigirse nuestros desvelos en este afán de avivar su devoción a la Santísima Virgen de Montserrat, solicito de V. E. se digne conceder pueda llevarse a cabo esta propaganda también en catalán, asegurándole por nuestra parte la exclusión de todo carácter político...». No debía tenerlas todas consigo el gobernador, Bartolomé Barba Hernández, por lo que autorizó solamente la propaganda escrita, denegando cualquier intento de propaganda radiada. Barba llevaba una política táctica de tolerancia respecto a la lengua y el folklore convencido de que una represión indiscriminada y cerril no haría sino exacerbar los ánimos y «fabricar mártires» que alzarían su cadáver contra los represores. Lo ha explicado él mismo, esta calculada lenidad despolitizadora, en un



El cardenal Vidal i Barraquer con el abad Marcet, en Montserrat, durante los años de la República.



La basílica de Montserrat.

viejo libro publicado en 1948, «Dos años al frente del Gobierno Civil de Barcelona». Pero los agravios estaban demasiado claros y demasiado recientes para aceptar paños calientes que, por otra parte, nada o casi nada iban a solucionar. Las **reacciones hostiles** a su política «de comprensión e inte-

gración» las refleja Barba Hernández en su obra. El PSUC sale al paso de las maniobras «catalanistas» del gobernador y en una hoja volandera viene a decir que ello no conseguirá el reconocimiento y mucho menos el afecto de los catalanes desposeídos de su cultura, su lengua y su libertad. A pesar

de todo, con sus más y sus menos, las Fiestas se llevaron a efecto y cerca de cien mil catalanes se desplazaron en romería a la Montaña sagrada. Todos contentos, incluso el Gobierno de Madrid que envió como representante el ministro de Asuntos Exteriores, **Martín Artajo**. A su regreso, éste debió mani-



El gobernador Felipe Acedo Colunga (a la derecha de la foto, con traje claro), a su derecha el entonces Presidente de la Diputación, marqués de Castellflorit.

festar su satisfacción a Francisco Franco, pues al poco tiempo se recibía en el Monasterio una carta que, entre otras cosas, decía: «tanto el generalísimo como el Gobierno quedaron muy satisfechos de la forma feliz en que transcurrieron las solemnidades». No comparte esta opinión Maur M. Boix, director de la revista «Serra D'Or», quien, del cese, quince días después, del gobernador Barba, deduce el malestar causado en el Gobierno de Madrid. Algo de esto pudo haber, pues en julio el abad se queja al censor de Barcelona, José Pardo, del maltrato a que se someten las informaciones sobre cuanto se refiere a las cosas de Montserrat. Como fuere, en mayo Franco visitó el Monasterio, visita en la que volvió a mostrar su complacencia y, él tan parco en pa-

labras, se hizo lenguas del nuevo trono de la Virgen. Pese a todo, se habían conseguido objetivos impensables en aquellos oscuros días. En síntesis, los resultados de la Entronización los valora así Massot i Muntaner: «Se despertó la conciencia dormida de catalanidad en las comarcas, facilitó reuniones multitudinarias y se hicieron numerosas publicaciones en catalán». A esto habría que añadir el acercamiento entre los catalanes del exilio y los del interior y la potenciación de la idea de comunidad entre el Principado, las Islas y el País Valenciano: els Països Catalans. «Aquel día, 27 de abril de 1947, dejábamos atrás una etapa de nuestra historia e iniciábamos otra» (Benet). Por otra parte, Escarré desciende de su nube angélica y entra en contacto con los distintos sectores de

la oposición, desde un centro derecha hasta la izquierda. No será, sin embargo, hasta 1958 cuando el abad exponga por primera vez con cierta claridad sus reservas hacia la naturaleza y legitimidad del régimen del general Franco.

Las declaraciones a «Le Monde». Momento histórico y antecedentes

Pero cuando Escarré tiene una actuación verdaderamente clamorosa es en 1963. El abad de la paulatina evolución hace un solo, un verdadero aria que estremeció los cimientos del Pardo haciendo bizquear la lucecita. Y eligió «Le Monde» entre otras cosas porque elegir otro periódico más a mano no le hubiera sido posible. En honor a la verdad, no pueden considerarse las declaraciones hechas a José Antonio Novais como una iluminación ni siquiera como una improvisación oportunista. Los tiempos, ciertamente, ofrecían una buena oportunidad, pero ése es otro cantar. Fue un año muy agitado para el Régimen que había mostrado contra toda lógica civilizada, contra el viento de las movilizaciones interiores y la marea de las condenas exteriores, su cruenta faz. Efectivamente, la guerra no había terminado. En abril había fusilado a Grimau y pocos meses después zanjó por la tremenda las huelgas mineras de Asturias. La carta que un grupo de intelectuales remitió a Fraga Iribarne, ministro de Información, hablaba de *mineros muertos por tortura*, de *mineros castrados*, de *mujeres rapadas al cero*, de numerosos dete-

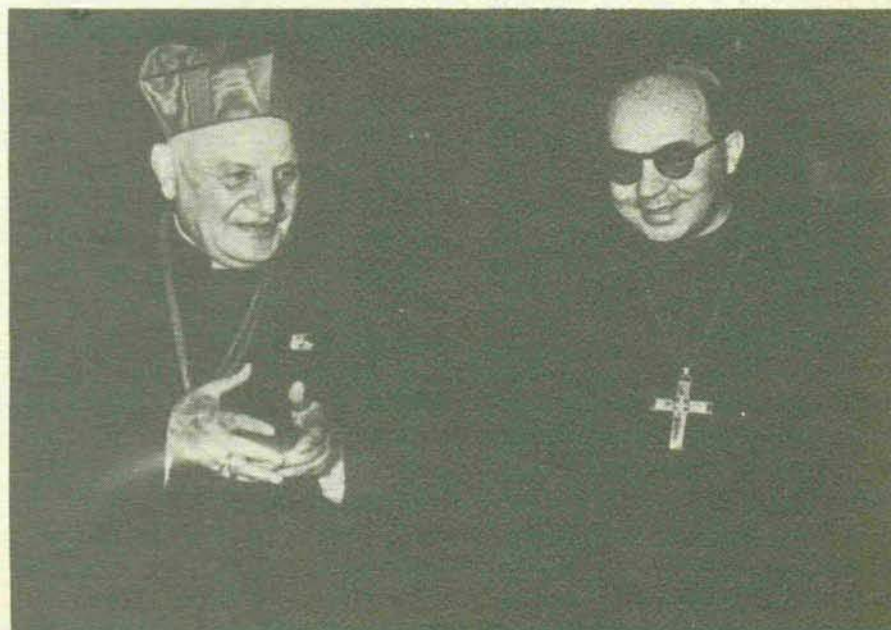
nidos. Y para colmo, entre tanto ajeteo y tan burdas conspiraciones masónicas y marxistas, nacionales e internacionales, a Franco se le vino encima la tormenta montserratina. Los antecedentes más directos de estas declaraciones hay que fijarlos en dos momentos claves en los que Escarré había hecho patente su disconformidad con los gobernantes. Calificarlas como lo hizo el semanario «El Español», como la voz a sueldo de Moscú era perder de vista la opinión escasamente favorable al «marxismo naturalista» del abad. Era, por encima de todo, la misma voz que se había dirigido a las más altas instancias del Estado pidiendo que cesase la represión, que se pusiese en libertad a los estudiantes detenidos, que se ejercieran, simplemente, las virtudes cristianas que el Régimen decía defender y representar. La misma que se había dirigido a Camilo Alonso Vega en mayo de 1960 con motivo de los sucesos del Palacio de la Música.

Los sucesos del Palacio de la Música

Sus ecos llegaron hasta el «New York Times», siempre algún periódico extranjero aireando lo que celosamente silenciaba la prensa española: Varias detenciones tras un concierto del Orfeón Catalán en el Palacio de la Música. Entre los detenidos por agitador, el que hoy es presidente de la Generalidad, Jordi Pujol. «Lamento —telegrafiaba escuetamente el abad al ministro de la Gobernación— profundamente detenciones y malos tratos a los detenidos en represión policíaca ocasión sucesos Orfeo Catalá doloroso epi-

logo estancia Gobierno en Cataluña. Atentamente suyo, abad Montserrat». A lo cual contestó no menos escuetamente, mas de forma un tanto cabalística, Alonso Vega: «Hay que lamentar siempre todo cuanto es lamentable no olvidando que la prudencia en el creer y en el decir es indispensable para formar y emitir recto juicio. Suyo atentamente, Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación». La nada habitual sutileza de Alonso Vega ¿proponía en este texto una refinada adivinación jeroglífica o era una dolorida respuesta a quien no hacía mucho había calificado de «leal españolista»? No podía recordar sin amargura, el ministro, los gritos de imbécil y de traidor con que fue obsequiado en una cena en Barcelona, en mayo de 1959, en la que se mostró confiado y sin prejuicios respecto al abad. Franco comisionó a don Camilo para que viajara a Roma y explicara al Papa la conducta de Escarré. Lo cuenta con bastante detalle Franco-Salgado Araujo en sus **Conversaciones...**, y pone en boca del jefe

del Estado estas palabras referidas a Pujol: «Los ministros ya se habían marchado y desde las tribunas se empezó a cantar lo que no estaba autorizado (...). Intervino, como es natural, la policía, que hizo varias detenciones. Uno de los principales agitadores fue el señor Pujol al que con mandamiento judicial se le registró el domicilio, encontrándosele propaganda separatista y de agitación subversiva». No podía Alonso Vega rememorar sin inquietud, una a una, las encendidas palabras que poco después de la cena en que lo llamaron imbécil había dicho a Escarré. «Yo tuve confianza en el señor abad (...) y el señor abad correspondió satisfactoriamente a mis esperanzas y di cuenta a quien debía y propalé aquella espléndida jornada llena de emoción y de patria y el discurso del señor abad y todo ello me indujo a felicitarle y darle las gracias, manifestándole que por aquel camino podíamos coger juntos muy buenas cosechas». Pensaría seguramente don Camilo, camino del Vaticano, en las 130.000 pesetas que



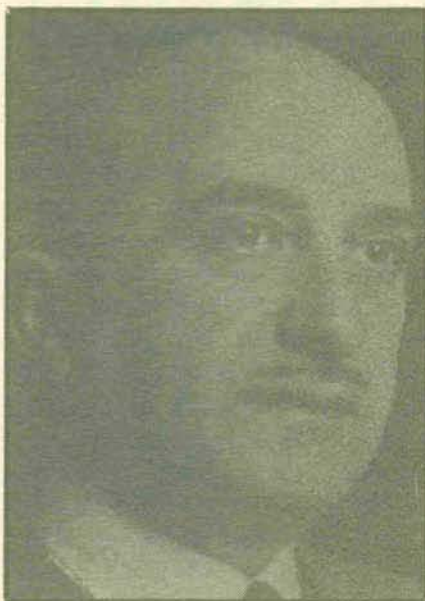
El abad Escarré en compañía del cardenal Roncalli (futuro Papa Juan XXIII), durante una visita de este último a Montserrat.

unos meses antes del imperpetuo telegrama, justo en el mes de febrero, había concedido al Monasterio para instalaciones sanitarias. Y puede que también rememorara el poco caso que había hecho al «informe confidencial para el ministro de la Gobernación» elaborado por el gobernador, Acedo Colunga, hombre enfático, de irreparable y violenta incontinenencia verbal, protagonista de más de un encontronazo con el abad.

El acto falangista de Granollers

La «Hoja del Lunes» barcelonesa del día 1 de diciembre de 1958 publicó una amplia información sobre un acto falangista celebrado en Granollers que sirvió para que el gobernador disparase su artillería pesada contra el rebrote de separatismos, «el retoño de algo que contribuye a establecer una diferencia entre los españoles». En otras palabras, que Acedo había detectado peligrosos movimientos catalanes; que éstos se nucleaban en torno a Montserrat y que no estaba dispuesto a tolerar, por ninguno de los medios, la subversión. Para que no hubiese duda de por dónde iban los tiros, hablaba Acedo de la impunidad de Fueros concedidos por el Estado y de «sentimientos hondos que están en nuestras raíces y en nuestra alma». Y por si todavía la directa y clara oratoria del general pudiera resultar ambigua o a alguien se le antojase abstrusa, cargaba la suerte en esta verónica de honda raigambre nacionalcatólica: «... nosotros que amamos a Dios, que recibimos la Santa Comunión y que respetamos lo que

supone el sacerdocio tanto en el orden espiritual como en el orden español (...) no estamos dispuestos a tolerar...». Parece ser que en un momento de debilidad, el general Gobernador (civil) perdió terreno. «... No sé si estamos en posesión de la verdad», confesó. Mas se enmendó enseguida y remató con esta media: «Pero de la verdad española sí estamos en posesión». Pese a tales arrebatos patrióticos, enmarcados casi siempre en una irreversible devoción falangista, Franco no tenía demasiada buena opinión de

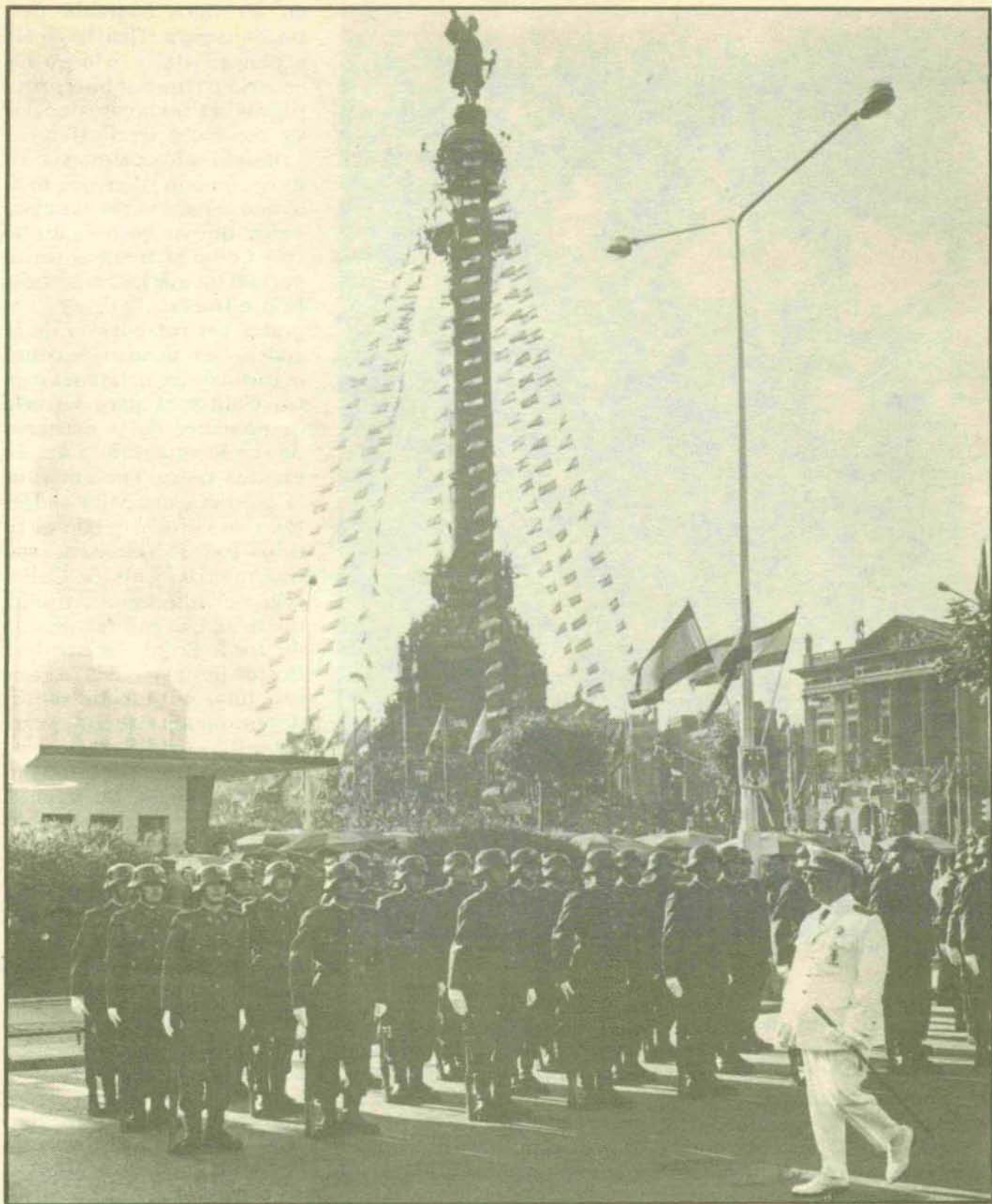


Luis Martínez de Galinsoga, durante un tiempo Director de «La Vanguardia».

Acedo, al que reconocía, sin embargo, su lealtad. Si hemos de creer a Franco-Salgado, el Invicto habría dicho en cierta ocasión: «Acedo es muy buena persona y un gran político, pero a veces dice cosas que debiera tener calladas». Su épica y su lírica y hasta su mística falangista, le crearon algunos roces con el ministro de la Gobernación y con los alcaldes de Barcelona que, aunque contaban con el beneplácito del Pardo, no tenían suficientemente acreditada para el Goberna-

dor su pureza de sangre española. La respuesta de Escarré fue casi instantánea. Aprovechó la Fiesta de la Inmaculada, ocho días después, y empezó diciendo que si se acusaba a la Iglesia de no cumplir como tal que mirase el Estado cómo cumplía él. Defendía la verdad que la Iglesia predicaba —Escarré se mantuvo en esta homilía en el ámbito generalizado de la Iglesia universal— y que «si esta verdad no es agradable a los que gobiernan, que cambien ellos». Es el primer enfrentamiento frontal. Y, aunque matizadas con cierto espíritu pastoral, se expresan ya acusaciones muy concretas, como se deduce de un párrafo en el que viene a decir que no es suficiente comulgar con Cristo, sino también con las ideas de la Iglesia, «que son ideas de libertad (...), de bienestar social».

Y siempre en el terreno, deliberadamente superestructural de «la Iglesia», termina afirmando que ésta pretende estar siempre de acuerdo con todos los poderes, especialmente con el poder del Estado, pero que ello sólo podrá llevarse a efecto en el marco de la «verdad, la libertad y la justicia». Esta vez el temperamental Acedo había hallado una respuesta inesperada. Franco tenía una idea peregrina de cómo conquistar a los catalanes, conquistarlos en el sentido de atraer, que en el otro, en el estrictamente militar, bastaban los hechos de armas del 36-39. Decía Franco que al «catalán se le convence con el ejemplo y la austeridad». Convencer, ¿de qué? De lo que fuere, lo cierto es que la prepotencia del «entourage» franquista que se instaló en Cataluña tenía órdenes muy concretas: acabar con todos los indicios de catalanismo, de-



Franco en Barcelona, pasando revista a las tropas, durante una de sus breves estancias en la Ciudad Condal.

gradar una cultura, sepultar una lengua. Y lo ejecutaba con diplomacia más o menos refinada, pero con objetivos claros. En este contexto podría incluirse el «caso Galinsoga, el del exabrupto «todos

los catalanes son una mierda», patología anticatalanista tan evidente y desproporcionada que le costó el puesto. Pero no sino después de una caliente campaña que duró varios meses.

El caso Galinsoga y el informe Acedo

Luis de Galinsoga, director de «La Vanguardia», era, obviamente, un hombre de con-



El cardenal Roncalli (futuro Juan XXIII), en compañía del abad dom Aureli Escarré, en la Biblioteca del Monasterio de Montserrat.

fianza. Lo evidencia una biografía delirante, servilista y hortera que escribió de Franco: «Centinela de Occidente». Era, además, de ese tipo de aduladores o convencidos cuyos actos trasvasan el imposible rubor de sus mejillas a la inocencia sorprendida de los demás. Sólo que también, como Acedo, era de una acusada incontinenencia verbal con la que sublimaba una no improbable inclinación a la violencia. El 21 de junio de 1959 no creía Galinsoga que se estaba fra-

gando su definitiva desgracia y que su autoinmolación ni siquiera le iba a ser reconocida. Su estentóreo grito en la sacristía de la parroquia de San Ildefonso, con el que evidenciaba su disgusto por un sermón en catalán, iba a terminar con su carrera periodística y política o, mejor dicho, con parte de sus cargos. Cuando la cosa se puso imposible, el Centinela de Occidente se inhibió y dejó que lo defenestrasen. Incluso, si hemos de creer a Franco-Salgado, se expresó

en términos bastante despectivos para el leal biógrafo y panegirista: «... lo que le ocurrió no fue por hacer propaganda a mi favor, sino por su conducta irreflexiva insultando a los catalanes. Es muy cómodo decir que todo lo que le pasa es por las campañas que ha hecho a mi favor. Como si fuera el único periodista que las ha hecho». Fría e imperturbable radiografía del periodismo de la época. Casi ocho meses duró la lucha de los catalanes contra Galinsoga para hacerlo desaparecer de la cabecera de «La Vanguardia». Para ser exactos, cinco. Pues, aunque la primera octavilla redactada en catalán y con el título «Todos los catalanes son una mierda, Luis de Galinsoga» está fechada en julio, fue tirada, según testimonio de Jordi Pujol, en octubre. Boicot del periódico, al que se sumaron muchos vendedores, quema de ejemplares, octavillas manifestaciones... Todo fue válido para que Galinsoga pagase la afrenta. Estaba claro que el clima de perturbación y activismo que su actitud había producido no gustaba en el Pardo y que se le haría pagar. Efectivamente, cuando viajó a Madrid, Franco no quiso recibirlo y cuando regresó a Barcelona había sido cesado.

El Gobierno, sin embargo, no olvidaría fácilmente el hecho ni la claudicación obligada. Tres meses después tuvieron lugar los sucesos del Palacio de la Música, ya relatados. La dureza empleada, especialmente contra Jordi Pujol que tras ser torturado fue condenado a seis años de cárcel, demuestra que la campaña contra Galinsoga no se había olvidado. Pujol había sido el primer responsable de la acción. Una acción colectiva en

cuyo manifiesto final se leía: «La misma voluntad unánime obtendrá mediante una campaña de defensa de la lengua y de la cultura catalana: Escuelas catalanas, Prensa libre en catalán, Oficialidad de nuestro idioma. Cataluña tiene la iniciativa». No estará de más reproducir aquí la carta que el párroco increpado mossén Laquer, dirigió a los pocos días a Luis de Galinsoga, plena del mejor humor y de la más fina ironía. La carta fue ampliamente difundida en la campaña: «Honorable señor: el pasado domingo día 21, mientras se celebraba en esta iglesia la misa parroquial, se presentó en la sacristía un individuo que, utilizando esta tarjeta que lleva el nombre de usted y que le adjunto, en forma grosera e incorrecta se permitió proferir unas frases soeces contra el infrascrito y contra sus feligreses. Como debe tratarse, indudablemente, de un caso de suplantación de personalidad, pongo el caso en conocimiento de usted para que pueda tomar las medidas pertinentes y evitar que en lo sucesivo ocurran escenas de esta índole, que podrían redundar en menoscabo de la buena fama de honorabilidad y caballerosidad de que goza usted entre los ciudadanos de Barcelona. Con el mayor afecto. Firmado: El Párroco». Ni qué decir tiene que Galinsoga reaccionó iracundamente contestando que nada de suplantación de personalidad, que él mismo en persona había expresado la protesta. Protesta que, en aquellos momentos, extendía a las autoridades eclesiásticas.

La Nota informativa reservada del gobernador Acedo, aún refiriéndose a la situación general y siendo exten-

siva a todo el clero catalán, hace especial hincapié en el abad Escarré y en Montserrat a los que responsabiliza de todas las manifestaciones, sea de la índole que sean, contrarias al Régimen y de atizar, so capa de religiosidad, el fuego separatista. Merece la pena transcribir algunos párrafos, cuyo espíritu es idéntico al del discurso de Granollers, ya que de las mismas fechas datan ambos. «La influencia de Montserrat siempre ha sido ejercida en defensa de quienes han sido justamente castigados por su actuación contra el Régimen». Y recordaba que en las huelgas

estudiantiles del 56, el «abad Escarré escribió una carta al Generalísimo pidiendo clemencia por los sancionados». De la respuesta se encargó Carrero Blanco que atribuyó los alborotos a turbios manejos de los comunistas. Por lo cual, a partir de entonces, era común idea del Gobierno que en Montserrat se hacía el juego al comunismo. El informe está henchido de una pueril hojarasca retoricista y vacua. E incurre en desatinos que uno no sabe si atribuir a una traición del subconsciente o son, sencillamente, exposición automática de un caos mental. Así cuando dice que el



La esposa del general Franco rindiendo culto a «La Moreneta», durante una visita del matrimonio Franco al Monasterio de Montserrat.

padre Escarré «cree ser el hombre elegido por Dios para dar la libertad a Cataluña». Nótese que Acedo habla de libertad, no de separación o independencia. Este desliz terminológico es corregido más adelante al hablar de los objetivos políticos de las maniobras del abad, que se concretarían en «un cambio de régimen para (...) lograr un Estado catalán independiente totalmente del resto de España». La cuestión se enreda un poco más adelante cuando habla del sistema en que se llevaría a cabo esa independencia que sería, «un sistema democrático, dentro del cual, para garantizar su permanencia, y darle un sello aburguesado, es preciso la formación de un «Partit Democràtic Cristià de Catalunya», que agrupe a lo más selecto del Principado y que permita a Montserrat ser el centro político y espiritual del naciente Estado». Las publicaciones de la Abadía tampoco podían salvarse.

Todas tenían un signo católicoseparatista y esto, para alguien que se había

públicamente declarado ferviente cristiano, y comulgante diario, debía ser muy doloroso. Porque esa fe se asentaba sobre la política de la unidad a rajatabla, ésta en el Imperio y éste, a su vez, legitimaba su origen divino por su condición de martillo de herejes. Naturalmente entre esas publicaciones estaban las revistas «Germínabit» y «Serra D'Or».

La tormenta de «Le Monde». El trueno de Fraga

Liberado de sus obligaciones abadiales, aunque seguía ostentando el título, en 1961, Escarré mantenía por entonces contactos bastante frecuentes con las fuerzas de la oposición que en los cincuenta había ido conociendo y, en ocasiones, acogiendo. En estos contactos se plantea la posibilidad de que la Iglesia definiera claramente una postura de rechazo al Régimen franquista. Esto, en todo el Estado era imposible y así lo expresó Escarré que entabla gestiones con algu-

nos obispos acompañadas del éxito que puede suponerse. Los pasos de la historia le encaminaban, pues, al compromiso definitivo. El ambiente estaba preparado. Faltaba un leve impulso, una sugerencia. Y, como en otros momentos decisivos, ésta le vino de Josep Benet y de Albert Manent. El día 14 de noviembre de 1963, el periódico parisino publicaba la opinión del abad recogida por José Antonio Novais. Poco después, Bergamín que, como primer firmante de la carta contra la represión en Asturias, había tenido que salir huyendo, declaraba en Uruguay: «Si las declaraciones hechas por el abad de Montserrat fueran conocidas por los españoles, bastarían para derribar al Régimen». **El Español** recuadró la afirmación y le añadió una coletilla, «vamos a ver si es verdad». Ciertamente la profecía de Bergamín no se cumplió y el Ministerio de Información montó un impresionante dispositivo de propaganda que ocupó varias páginas del semanario y otras más en números siguientes dedicadas a la espontánea exasperación de los lectores. Junto al texto íntegro, que Fraga decidió publicar contra el parecer de parte del Gabinete que hubiese preferido el silencio, una vasta respuesta. Cuenta Franco-Salgado que Franco dijo: «Fraga ha tenido la iniciativa de publicarlas en **El Español** y no queda más remedio que refutarlas». De acuerdo con la teoría de que «nunca tuvo España un Gobierno tan católico como los que ha tenido el Régimen que nació en la Cruzada», se cargaron las tintas en la literatura panegirista de los Papas, de las altas jerarquías de la Iglesia



Josep Benet.

española y en el martirio de religiosos en zona roja. Se incluían informes de los distintos Ministerios aludidos en la entrevista y la tirada de **El Español** se elevó a una cifra récord: 70.000 ejemplares.

Su director, Angel Ruiz Ayúcar, fue el encargado de diseñar la estrategia de réplica y de organizar todo el material. Ruiz Ayúcar ha contado la peripecia con detalle en su libro «Crónica agitada de ocho años tranquilos, 1963-1970». El mismo se encargó de la redacción y algo hace suponer que, bien fuera por las reticencias de Franco a la publicidad del hecho, bien porque algo no marchara del todo bien, Ruiz Ayúcar se vio obligado posteriormente a autojustificarse. Véase si no, una nota discretamente a pie de página en el citado libro que, bajo pretexto de explicar el mecanismo censorial, introduce sutilmente los conceptos de responsabilidad y de lealtad al Sistema: «En aquella época todavía existía censura previa de Prensa. **El Español** no la pasaba, lo que trasladaba a su director la plena responsabilidad de su contenido, incrementada por el hecho de que la «empresa» era el propio Ministerio de Información, a través de la Dirección General de Prensa. La independencia funcional del director del semanario era similar a la de los directores de otras publicaciones institucionales y superior a la de algunas empresas privadas. Independencia perfectamente compatible con la lealtad a la línea política del Gobierno, ya que de no estar de acuerdo con ella lo honesto era marcharse». La resonancia de los asertos de dom Escarré sorprendieron sobre todo, según Ruiz Ayúcar, por proceder de tan alta



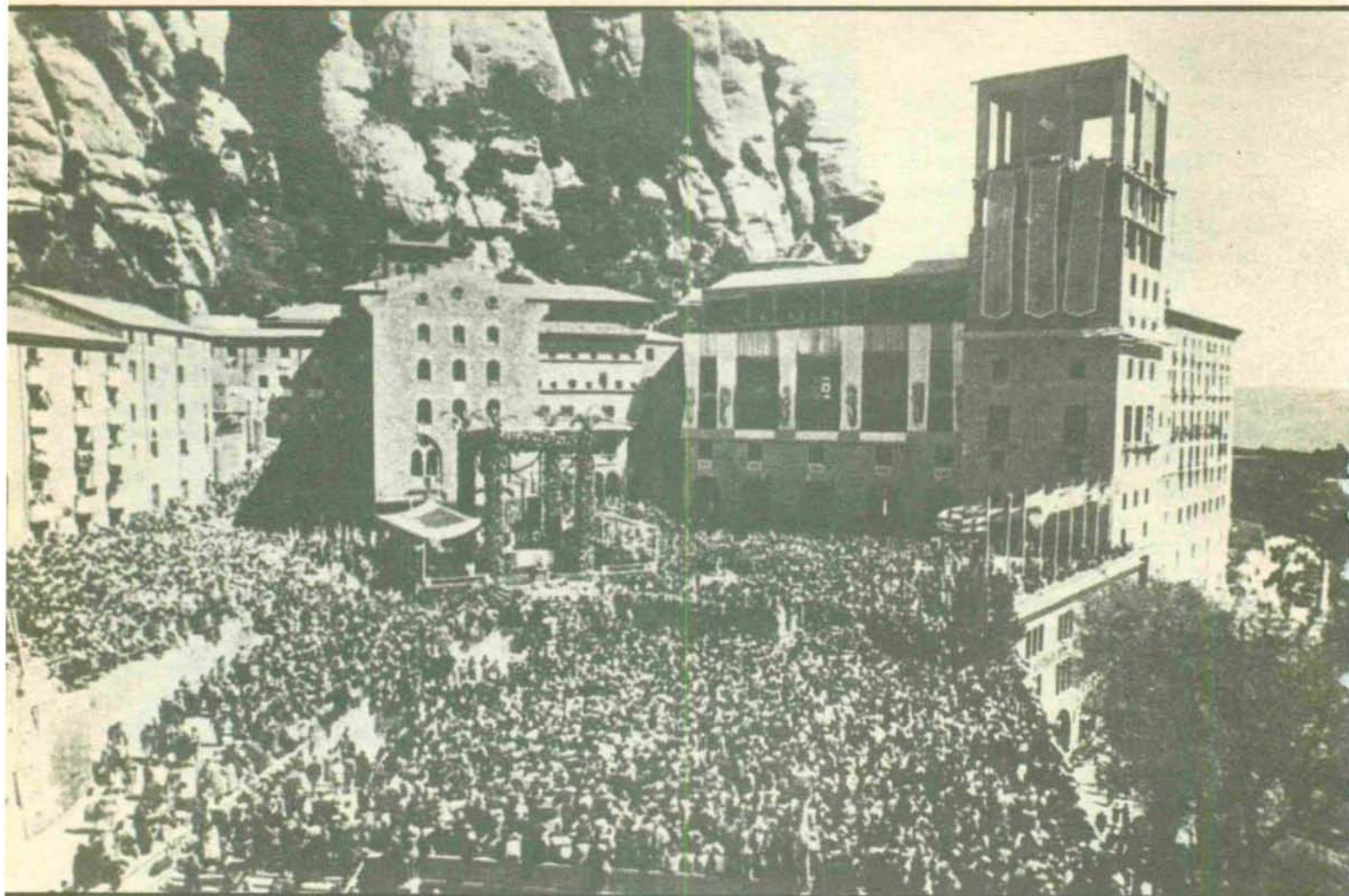
Camilo Alonso Vega, durante las Elecciones Municipales de 1966.

magistratura de la Iglesia. Ahí radicaba la verdadera y estruendosa novedad «ya que los españoles del bando nacional, clérigos o seculares, eran conscientes de que luchaban a la vez por Dios y por la Patria, por liberar a la Iglesia de la persecución marxista...». Para conservar esta imagen, el abad del Valle de los Caídos salió al paso en unas manifestaciones a **La Voz de Albacete** que fueron profusamente reproducidas por varios periódicos. En ellas calificaba a Escarré de intrigante y enredador y afirmaba que «esta actitud contra el Gobierno de España que sostiene la fe de los españoles, apoya a la Iglesia, y labora por el progreso y la paz, resulta indigna». Con parecidos adjetivos calificaba a Escarré el obispo de Tortosa. Pero éste ya escogió un medio internacional para ponerse a la altura del contestatario abad,

L'Avvenir, de Italia. Como español y como obispo se lamentaba de que el «solvente» P. Aureli Escarré hubiera hecho esas afirmaciones que lo convertían en «insolvente y parcial». Tres palabras completaban el retrato: intrigante, tendencioso y falso. La carta fue publicada también por el **Times**. Veamos ahora un extracto de la controvertida entrevista concedida a **Le Monde**:

Sobre la guerra civil.—España sigue aún dividida en dos partidos. Tras de nosotros no tenemos veinticinco años de paz, sino veinticinco años de victoria. Los vencedores, incluida la Iglesia, que fue obligada a luchar al lado de estos últimos, no han hecho nada para acabar con esta división entre vencedores y vencidos.

Sobre la catolicidad del Régimen.—Este Régimen se dice cristiano, pero el Estado



Concentración en Montserrat, el 27 de abril de 1947, con asistencia de unas cien mil personas. (Foto publicada en «Serra D'Or», en abril de 1977).

no obedece a los principios básicos del Cristianismo. (...). A la luz de ésta —la encíclica *Pacem in Terris*— la primera subversión que existe en España es la del Gobierno (...). La falta de información es contraria a la doctrina de la Iglesia y esto debe crear problemas de conciencia a los dirigentes católicos de un Estado que si no cambia de principios políticos no puede decirse católico.

Sobre Cataluña.—El Régimen obstaculiza el desarrollo de la cultura catalana (...). Hemos escrito una carta al Vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, pidiéndole entera libertad para la cultura catalana. Hasta ahora no hemos

recibido respuesta (...). Ahora quien le habla es el hombre de Iglesia, no ya el catalán, para el que defender la lengua no es sólo un deber, sino más bien una necesidad. Cuando la lengua se pierde, la religión tiene tendencia a perderse también. Esto ha sucedido ya en otros sitios...

Sobre el pueblo y la situación social.—La legislación es, en general, correcta, pero el Gobierno no hace aplicar la Ley. El nivel de vida se ha elevado, pero no el nivel cultural ni el sentido del respeto mutuo. La falta de justicia social da miedo. He estado últimamente en Andalucía y he podido advertirlo por mí mismo (...). El pueblo español es mucho más europeo de lo que se cree (...).

Aunque el Régimen no haga nada por favorecer ese euro-peísmo.

Las repercusiones se dejaron sentir también en el Monasterio. Una comunidad dividida tenía que producir, necesariamente, situaciones de conflictividad hasta el extremo que llegó a pensarse en una nueva Fundación en Barcelona. Roma intervino y tras una visita al Vaticano del abad coadjutor, Gabriel M. Brasó, se recomendó a Escarré que dejase una temporada el Monasterio y no dificultase las tareas de gobierno de Brassó. Aceptó de buen grado Escarré y hasta se conserva una carta del mismo en la que afirma que fue él quien sugirió la imposibilidad de continuar en

Montserrat. Pero al mes siguiente, marzo de 1965, escribía al obispo de Vich que dejaba Cataluña por las presiones que el Gobierno de Franco había ejercido sobre la Santa Sede. «Esta indicación de la Secretaría de Estado es la única y auténtica causa de mi alejamiento». El citado director de **El Español**, Ruiz Ayúcar, apostilla que la verdadera razón era que un «ochenta y seis por ciento de los monjes», exactamente, le eran hostiles. Esta afirmación porcentual, a pesar de constatar la división de la comunidad por aquellos días, no ha sido posible confirmarla con los datos extraídos de la abadía. Ruiz Ayúcar atribuye a Escarré («Crónica agitada de ocho años tranquilos, 1963-1970») incansables actividades y maniobras en el extranjero para desestabilizar el Régimen. Entre ellas, «destacan los contactos con Alvarez del Vayo que dirigía desde Milán una acción terrorista contra nuestra nación». También afirma que «las primeras declaraciones del ex abad al llegar a Italia fueron a «L'Unità», órgano oficial del Partido Comunista italiano». Cuáles fueran las causas del brusco viraje de Escarré, al cambiar la voluntariedad de su salida en un destierro forzado, no parece haber, por el momento, elementos serios de juicio que puedan aclararlas. Sólo caben las conjeturas. En este terreno, no parece descabellado suponer que si las actuaciones de Escarré habían estado en los últimos años constantemente politizadas y como políticas habían sido definidas sus declaraciones a **Le Monde**, política habría de ser también su salida hacia Viboldone. De hecho, llegó a tener casi tanta resonancia

como aquéllas. «Para interpretar el hecho sin ninguna suerte de dudas tendríamos que disponer de la documentación del Vaticano y de los archivos de la Embajada de España en Roma, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Nunciatura de Madrid, archivos evidentemente cerrados a cal y canto durante muchos años». Esta es la opinión de quien, posiblemente, con más sistematización y continuidad ha estudiado la historia del Monasterio, Josep Massot i Muntaner. El Padre Aureli M. Escarré, abad de Cataluña, murió en Barcelona, el 21 de octubre de 1968. El 24 era enterrado en Montserrat en olor de multitudes.

Franco sin palio

Tal afición le tenía el Invicto a Montserrat que momentos hubo en que el gobernador de turno amenazaba al discoló Monasterio, como si de un castigo se tratase:

«Franco no volverá a Montserrat». Y volvía. 1966 fue la última visita. Con Escarré en el exilio debió pensar que era la ocasión propicia para restaurar un sistema de relaciones excesivamente deteriorado. Era dudoso que se restableciera la paz y ante estas dudas los organizadores recurrieron a un truco constante en las manifestaciones de adhesión franquistas: llenar el Monasterio de autocares repletos de fervorosos que asegurarían una recepción multitudinaria y entusiasta. Pero algo empezaba a marchar mal. El abad Brassó se hallaba de viaje por el extranjero, circunstancia que ninguna autoridad del séquito instalado en Pedralbes se atrevía a comunicar al Jefe del Estado. Por primera vez, el habitual refrigerio que el Caudillo se hacía servir desde Pedralbes se suspendió. El camión de avituallamiento llegó hasta la abadía, pero alguien le dio orden de regresar. En ausencia del abad, Franco fue re-



El dictador durante una alocución ante las Cortes.

cibido por el prior, Cassia Just, al que ni dirigió la palabra. Por primera vez, Franco no entraba en el templo bajo palio. Pero ello no tenía la intencionalidad política que entonces se le quiso dar. Ocurrió, simplemente, que el Concilio Vaticano II había prohibido el uso del palio para menesteres semejantes. A pesar del Vaticano II, el retintín del desaire quedó en el ambiente. Garicano Goñi, cuando poco después se encargó del Gobierno Civil de Barcelona, llegó a preguntar, pesados de que hasta la Liturgia se hubiese puesto tan inoportunamente en contra, «¿Por qué tenían que empezar ustedes?». Contrariamente a lo que había ocurrido en anteriores visitas en las que el silencio y el recogimiento eran las notas dominantes, esta vez el público, el entusiasta de los autocares, aplaudió en el templo la presencia del general. Por ello, el padre prior, terminadas las ceremonias, pidió

disculpas a Su Excelencia. A lo cual Su Excelencia contestó con laconismo castrense: «gracias». Fue la única palabra que pronunció a lo largo de toda la visita. Y partió. El evidente abandono de la gracia divina lo pagó el Gobernador Civil de Barcelona que fue cesado al poco tiempo. Un joven monje, que por entonces estudiaba en Alemania, recibió una carta de un compañero. En ella se detallaba la presencia de Franco con bastante precisión y, finalmente, incluía el juicio público y rotundo de una de las autoridades acompañantes: «estos frailes de Montserrat son unos cabrones». Y es que se habían dado demasiadas coincidencias: la reforma de la Liturgia, el viaje por extranjero del padre abad, el traslado a Génova de una reunión mundial de abades prevista para aquellos días en la abadía. Y un hecho, no casual sino consecuencia directa de la represión, que, aunque no influyera directamente en el

tono de la visita, había alertado la conciencia del clero de Cataluña: los sucesos, aún muy recientes de la Vía Layetana.

La paliza de Vía Layetana

La marcha pacífica y silenciosa que ciento treinta sacerdotes iniciaron el 11 de mayo de 1966 desde la catedral hacia la Comisaría de Vía Layetana terminó en una granizada de golpes. Los hechos golpearon duramente sobre los ánimos, ya bastante tensos, de los curas catalanes. Esto, aparte de que los guardias golpearan precisa e implacablemente tonsuras y sotanas. «Puede que nuestros hermanos policías se indignen», había aventurado candidamente uno de los oradores en la catedral. Y vaya si se indignaron. El objetivo de la marcha era entregar una carta al inspector jefe de la Brigada de Investigación Social en la que se



Asamblea de Montserrat, durante los años 70. (Foto publicada en diciembre de 1980 en «Serra D'Or»).

protestaba por los malos tratos al estudiante Joaquín Boix Llach. Los periódicos fueron tan rotundos con los manifestantes en su juicio de intenciones, como las policías con la contundencia de sus porras. Por ello y ante la imposibilidad de acceder a la opinión pública se imprimió en Montserrat un informe en el que explicaban los sucesos. Esta especie de pliego de descargo a punto estuvo de ser intervenido por la Policía. Pero cuando los inspectores se personaron en el Monasterio, ya Marcos Taxonera había puesto a salvo el folleto. Este comenzaba: «Con el cuerpo dolorido y atacada nuestra fama con palabras calumniosas...». La carta al inspector jefe hacía hincapié en la dignidad de la persona humana predicada por la doctrina de la Iglesia y promulgada en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, «ninguna persona será sometida a tortura ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes».

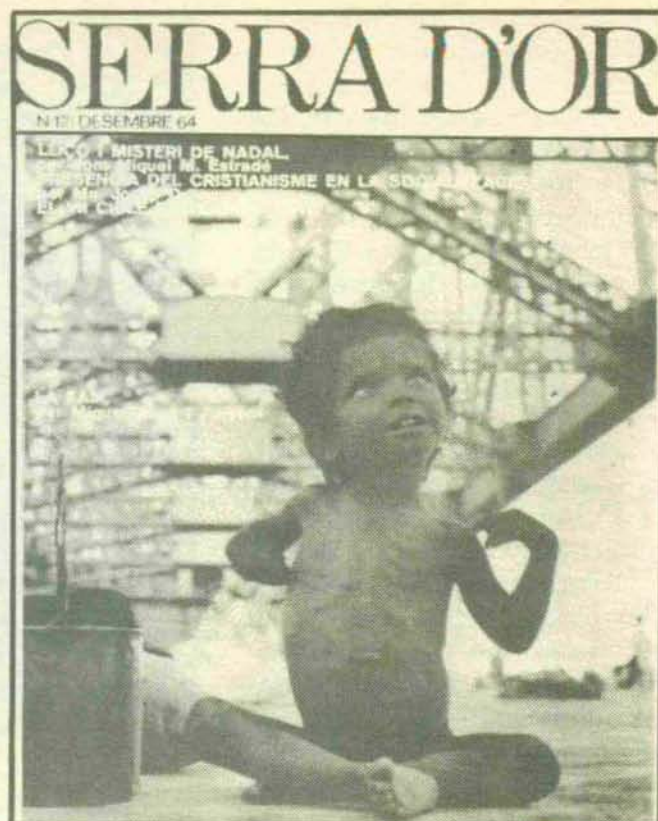
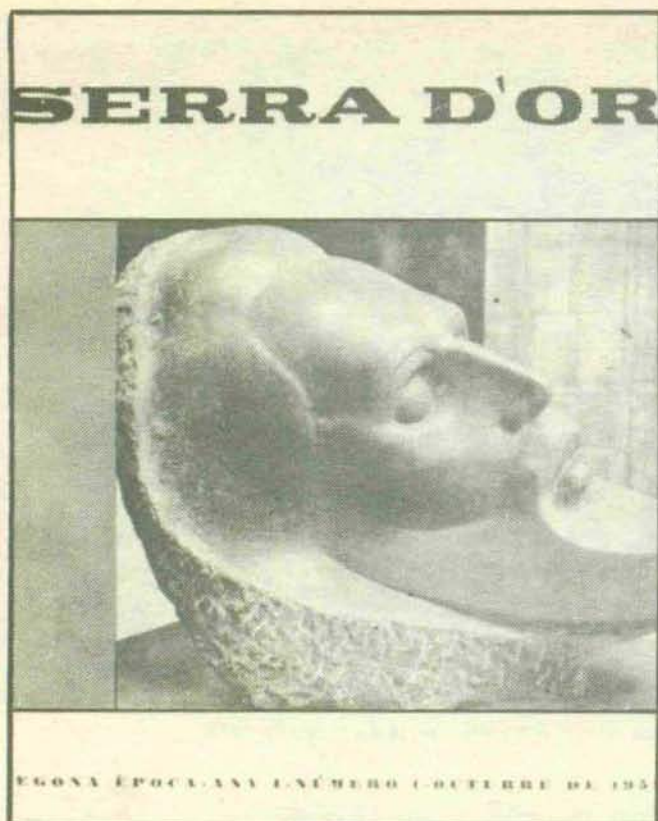
Citaba algunos trozos de encíclicas y del Vaticano II y exhortaba al señor inspector jefe a «que también usted promueva para con los ciudadanos un trato que esté conforme con ellas». Paralelamente, se enviaba otra misiva al arzobispo, doctor Modrego, explicándole los motivos de la marcha. «Creemos que ante la perplejidad y aun el escándalo del pueblo, que identifica a la Iglesia con unas formas determinadas de poder, tenemos la grave obligación de ser signos y salvaguarda del carácter de la persona humana (...). Con este gesto no queremos comprometer oficialmente a la Iglesia, pero (...) rogamos a V. Excia. que acepte este compromiso



El abad Just y Joan Miró, el 12 de mayo de 1975.

nuestro que, según nuestra conciencia, cae plenamente en el ámbito de nuestras más graves y perentorias obligaciones pastorales...». A continuación, los redactores del informe pasaban a describir los hechos. Transcribiré parte de esta narración, algunos párrafos en catalán para no desvirtuar la capacidad plástica ni la fuerza expresiva de la misma. «Uno de los agentes nos preguntó a grandes gritos qué queríamos. Uno de nosotros contestó que llevábamos una carta dirigida al señor Creix. Los agentes gritaron que no querían ninguna carta dirigida al señor Creix. Contestamos que nos retiraríamos de manera silenciosa, pero que cogiesen la carta. Por toda respuesta la fuerza pública comenzó a pegarnos con las porras. Hacía exactamente veinte segundos que habíamos llegado». A partir de entonces, todo puede resumirse en esta sencilla narración: «Aparagueren més policies uniformats i s'uniren als que estaven flagellant

els sacerdots i religiosos. Nombrosos agents de la Policia Secreta que, fins aleshores, s'havien limitat a observar, es van afegir també als que pegaven. Erem pegats amb un furor estrany, a la cara al cap, a les espatlles, amb porres, cops de puny i puntades de peu». Sin descanso la policía siguió golpeando a diestro y a siniestro y golpeaba, según el informe que estoy siguiendo, «de la manera més baixa, com la puntada de peu al baix ventre». Las conclusiones del escrito, calificado como «Información privada a los militantes» y con el que se solidarizaban una veintena de organizaciones religiosas, eran claras y terminantes, aún insistiendo en la ausencia de móviles políticos de la marcha. Véanse tres de estas conclusiones, posiblemente las más significativas: «La campaña desencadenada por un gran número de órganos de prensa, por la radio y la televisión, no sólo ha recurrido al insulto, sino que ha sido calumniosa al acusar a los



Cuatro portadas de la revista «Serra D'Or». Tres de ellas publicadas durante la Dictadura.

sacerdotes de provocadores»; «es sospechoso que la capacidad de escándalo se manifieste esta vez con tanta profusión y que no haya, en cambio, reacciones semejantes de escándalo nacional ante las sesenta pesetas de salario mínimo, ante la deformación sistemática de la información, ante los abusos legales que impiden los derechos de libre asociación, de reunión, de expresión, etc.»; «si alguno tiene miedo de que el ponerse al lado de los oprimidos puede originar anticlericalismo, que piense si no ha originado más al ponerse del lado de los poderosos. Nosotros, con nuestro gesto, hemos querido adoptar una actitud evangélica a favor de los pobres y de los que sufren». En Madrid, siguiendo las directrices del gobernador de Barcelona, Acedo Colunga, se seguía pensando que las reacciones antirrégimen de los curas catalanes eran cosa de una minoría exaltada,

manejada por el abad de Montserrat. Mas lo cierto era que, sin ser un fenómeno generalizado, debido sobre todo a la postura correctora del arzobispo, la contestación y el compromiso político se iban ampliando a extensas parcelas del clero catalán.

Casiá Just, tras los pasos de Escarré

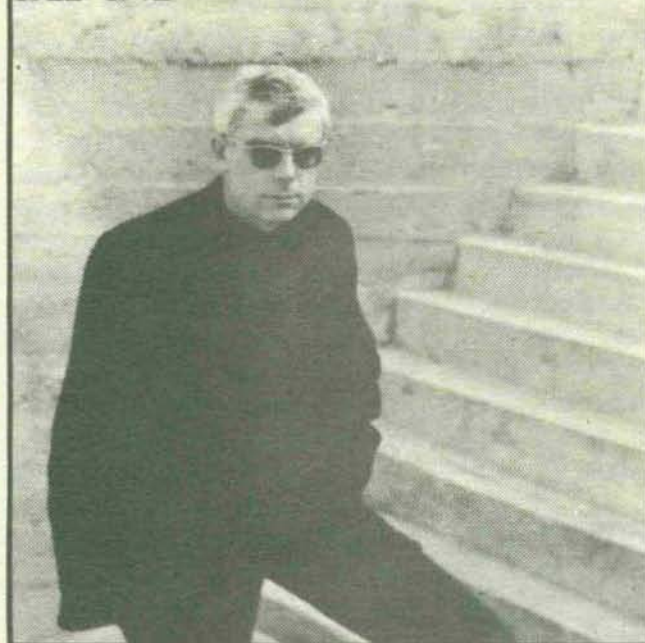
«Este señor es peor que el otro», cuentan que exclamó Franco cuando conoció las declaraciones que Cassiá Just concedió a la Televisión bávara en 1969. Siguiendo el ejemplo de Escarré, cuyos criterios no siempre había compartido, el abad electo en 1966 en sustitución de Brassó denunció la tortura. El Gobernador, a la sazón Garicano Goñi, llamó a capítulo al abad. Se produjo una reunión bastante tensa y el irritado Gobernador conminó a que explicara si aque-

llas afirmaciones, cuya transcripción tenía delante, eran o no ciertas. El Abad respondió que sí, que en líneas generales aquello respondía a sus palabras, pero que él sólo se refería al País Vasco. Descartada la tortura al ámbito catalán, Garicano Goñi pareció más aliviado. Y para reafirmar su inocencia, según un testigo presencial, mandó entrar a un comisario y preguntó a los presentes, «a ver, ¿tiene este hombre cara de torturador?». A modo de reconvencción, Garicano indicó a Cassiá Just que los «trapos sucios se lavan en casa», a lo que el benedictino respondió que lo haría si se le permitiese. No estaba el Gobierno, que aquellos días había decretado el estado de excepción en Euskadi, para tales permisiones. Y, según cuenta Franco Salgado-Araujo en las «Conversaciones» con su primo, éste estaba tremendamente irritado con Just.

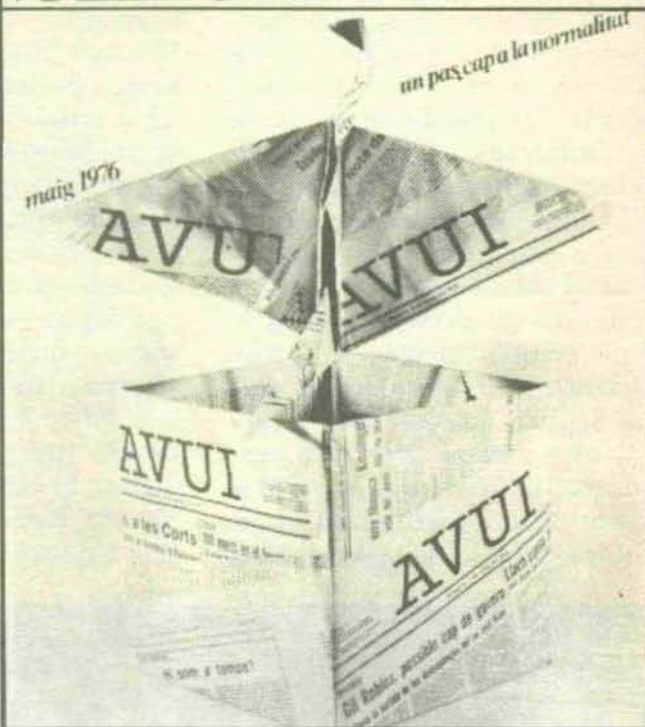
SERRA D'OR

JUNY 1972

Gabriel Ferrater,
1922-1972



SERRA D'OR



Esto es, textualmente, lo que el Jefe del Estado habría manifestado: «En vez de hacerse eco de todas esas calumnias, hubiera debido darme cuenta de todo ello, aportando testigos y pruebas (...) sobre esos supuestos abusos que con tanta ligereza se delatan (...). Jamás el clero y la comunidad de Montserrat se quejaron de ningún atropello contra la Iglesia católica en la época de la Segunda República marxista-comunista y anárquica. Estuvieron callados, vistiendo de paisanos y sin chistar lo más mínimo...» Se pidió permiso a la Santa Sede para procesar a Cassiá Just, pero fue denegado. Casi dos años después, a poco del proceso de Burgos, el Papa recibió al abad a quien comentó en tono humorístico:

«Estoy muy contento de conocer a un hombre tan famoso». Finalmente, le hizo una recomendación: «Recibid siempre a todos». En resu-

men, Cassiá Just había declarado que «un Régimen que apoya materialmente a la Iglesia, pero que, de un modo imperceptible, la ha amordazado durante treinta años, es la tragedia de la Iglesia española». Uno de los principales pilares de legitimación del Estado del 18 de julio, su catolicismo, otra vez duramente cuestionado. Y sobre el tema crucial de la irritación del Gobierno, la tortura, declaraba que ésta estaba a la orden del día y que conocía personalmente a algunos de los torturados. Al detenido, decía, «no se le permite dormir y luego, atado de pies y manos, se le cuelga cabeza abajo desde un tercer piso y se le amenaza con cortar las cuerdas».

La «tancada» contra el proceso de Burgos

La suerte estaba echada para los procesados de Burgos. De

él saldrían contra los presos vascos nueve condenas a muerte y casi quinientos años de cárcel para repartir entre catorce etarras, implicados, según la acusación, en la muerte del comisario Melitón Manzananas.

No España, Europa entera había sido aquellos días de diciembre del 70 un hervidero de pasiones políticas. Al finalizar el juicio e iniciar Mario Onaindía el canto del Eusko Gudariak, los etarras habían, en parte, conseguido trazar en sus distintas intervenciones las líneas políticas de ETA. Lo que empezó siendo un proceso contra el vasquismo, se convirtió en la calle en un proceso al Régimen. Y daría lugar a una movilización de los intelectuales catalanes con repercusiones de largo alcance. Escritores, actores, directores de cine, cantantes y profesionales de distintas ramas hasta llegar al número de 300 se encerraron en Mont-

serrat en señal de protesta. Empezaron a llegar el sábado, día 14, al mediodía y por la tarde ya se habían constituido en Asamblea. Allí permanecieron hasta la mañana del lunes en que el abad negoció las condiciones de la «rendición». Allí permanecieron quienes se quedaron, la inmensa mayoría. Hubo otros que prefirieron pernotar el sábado en Barcelona y cuando el domingo quisieron reincorporarse al grupo hallaron el Monasterio cercado por la Guardia Civil. Tapiés y Miró apenas si permanecieron media hora en el santuario. Miró se sumaría al manifiesto de la Asamblea

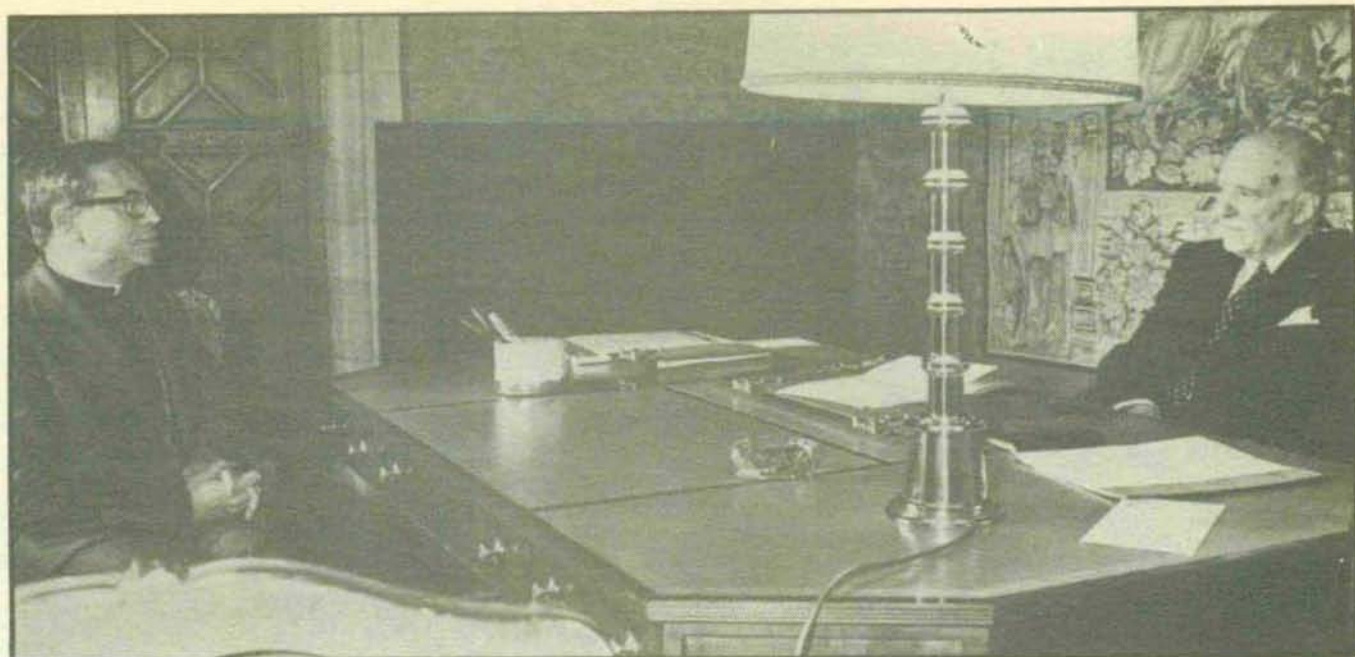
al día siguiente, desde un hotel barcelonés. Negaría después, en un periódico de Mallorca, su adhesión, para reafirmarla posteriormente. Hacía frío, un frío tremendo, lo que podía irritar aún más a los sitiadores si el encierro se prolongaba. La inclemencia del tiempo no evitó la llegada de algún peregrino contumaz que pasó inadvertido algunos controles, se perdió por alguna trocha y al final, sorprendido y sobresaltado, se encontró con las metralletas. El aislamiento del santuario fue progresivo hasta cortar la comunicación telefónica. Recibidas las primeras adhesiones desde Tou-

louse y distintos puntos del extranjero, durante varias horas fue imposible hablar con el Vaticano. La comunicación le fue cortada hasta al mismo Gobernador Civil, justo cuando le decía a Casiá Just: «Esto que le voy a decir se lo digo confidencialmente...». Nunca se ha llegado a saber la naturaleza de la confidencia que Tomás Pelayo Ros iba a hacerle al abad. Con suspicacias dentro y con tensiones dentro y fuera, el abad que había recibido a los assembleístas con las palabras, «sed bienvenidos y permaneced aquí el tiempo que juzguéis necesario», seguía las negociaciones. Cuando se captó en la emisora de la Guardia Civil que se iba a poner en práctica la operación «Mano de pintura», al parecer ocupación del Monasterio, se decidió que era preferible salir.

La Asamblea ya había aprobado un documento que se tradujo al castellano, inglés, francés y alemán. Hubo que unificar el contenido de las distintas versiones idiomáticas, pues dada la heterogeneidad de las tendencias en la Asamblea, se habían introducido algunas variantes reveladoras de esa disparidad. Así, en el texto alemán, la palabra democracia se adjetivaba de popular (la versión publicada por **Le Monde** dice *Etat authentiquement populaire*), y en la versión castellana, en la frase «nosotros intelectuales catalanes», un misterioso viento barrió el gentilicio. El Manifiesto se solidarizaba con los militantes de ETA «acusados de luchar por el socialismo y por los derechos nacionales del pueblo vasco»; trazaba, en un rápido análisis, el esquema de la situación política en España —legislación represiva, sis-



Père Portabella.



Tarradellas, siendo presidente de la Generalidad, recibe en su despacho oficial al abad de Montserrat, Casia Maria Just.

tema político anacrónico, torturas y sevicias físicas y morales, negación sistemática de la libertad de expresión y derechos de los pueblos y de las naciones—, «que constituyen el Estado español, ignorados y reprimidos en beneficio de una pretendida unidad nacional». Finalmente, exigía amnistía general, abolición del decreto-ley sobre bandidaje y terrorismo y de la pena de muerte y reconocimiento del derecho de autodeterminación. Como «un verdadero desafío, un desafío sin precedentes de la intelectualidad catalana», calificó **Le Monde** el escrito. Desafío por desafío, días antes el capitán general de Cataluña, Pérez Viñeta, había sido muy explícito: «El Ejército no está dispuesto de ninguna manera a permitir la vuelta del desorden que ya una vez puso la patria en peligro. Si es necesario se llevará a cabo una nueva Cruzada a fin de limpiar nuestra patria de hombres sin Dios y sin Ley». Acerca de si era posible la entrada de los guardias en el recinto monacal sin violar

derechos de la Iglesia, Marcos Taxonera afirma que teóricamente no, pero que en la práctica era totalmente posible. En España, después del Concordato, los edificios jurídicamente menos defendidos eran los de la Iglesia. Aquel dice que éstos no se podían allanar, sino en caso de extrema necesidad en cuya circunstancia se le comunicará posteriormente al obispo. Al no desarrollar en un reglamento qué puede entenderse por «extrema necesidad», esto queda a criterio del Gobernador, extremo sobre el que no puede decidir tratándose de un edificio civil». Las garantías dadas al abad fueron que no habría represalias y que no se rendiría la documentación, que bastaría simplemente enseñar el carné a la salida. Salió primero el abad y algunos monjes y después Pere Portabella —decisivo en la iniciativa y desarrollo del encierro— quien, en cumplimiento del acuerdo, se negó a entregar su carné. A partir de ahí, la simple exhibición del mismo fue suficiente. A pesar de todo, algu-

nos prefirieron escapar a través de la montaña y algún otro optó por seguir temporalmente en el Monasterio. No les faltaba razón, pues al poco tiempo empezaron las citaciones, las multas, las retiradas de carné y hasta algún que otro encarcelamiento. Jordi Carbonell, por ejemplo.

Conclusión

Ultimamente Montserrat es menos pródigo en hechos espectaculares como los que aquí se cuentan. En el fondo lo que allí se desarrolló fue una labor de suplencia, una aproximación a situaciones y actitudes imposibles para organizaciones que, o habían desaparecido o se mantenían en una precaria clandestinidad. La relativa normalización de los últimos años ha trasvasado responsabilidades y protagonismos. Tal como van las cosas, afirmar que no habrá que volver a las andadas, a las «suplencias» es una afirmación que yo no me atrevo a hacer. ■ J. V.

LIBROS Y REVISTAS CONSULTADOS

L'ESGLÉSIA CATALANA ENTRE LA GUERRA I LA POSTGUERRA.— Josep Massot i Muntaner.

AURELIM. ESCARRE, MONTSERRAT ES VOSTRE. TEXTOS DE BELOSCOAIN A VIBOLDONE.— Edición de Massot i Muntaner.

ELS CREADORS DEL MONTSERRAT MODERN.— Josep Massot i Muntaner.

HISTORIA DE MONTSERRAT.— Anselm M. Albareda.

CATALUÑA BAJO EL REGIMEN FRANQUISTA.— Josep Benet.

CORONA LITERARIA OFERTA A LA MARE DE DEU DE MONTSERRAT.

CULTURAS EN LUCHA: CATALUÑA.— Félix Población y Javier Villán.

CULTURAS EN LUCHA: EUZKADI.— Félix Población y Javier Villán.

MIS CONVERSACIONES PRIVADAS CON FRANCO.— Franco Salgado-Araujo.

CRONICA AGITADA DE OCHO AÑOS TRANQUILOS, 1963-1970.— Angel Ruiz Ayúcar.

DOS AÑOS AL FRENTE DEL GOBIERNO CIVIL DE BARCELONA.— Barba Hernández.

Revistas

SERRA D'OR
EL ESPAÑOL
LE MONDE

GERMINABIT Y SERRA D'OR

EN febrero de 1955 nació Serra D'Or. Una publicación embrionaria, una circular informativa del Coro de Montserrat, de cuatro páginas. Un acto voluntarista y artesanal debido, sobre todo, al entusiasmo literario y al amor a la lengua de un trabajador del Monasterio, un vigilante llamado Manuel Bardina. Integramente en catalán aunque en números posteriores una elemental estrategia posibilista la convirtiera en bilingüe. Con Bardina, dos empleados administrativos, dos «lletraferits», igualmente tocados de ala por el entusiasmo: Joan Espinach y Ramón Riera. Con alternativas idiomáticas irregulares Serra D'Or, llega al año 1959 en que se funde con Germinabit, de antigüedad del 49 y «órgano» de los antiguos escolares de Montserrat, dirigida por Josep Benet. En el 57 Serra D'Or había reunido ya firmas de cierta resonancia en el catalanismo militante, como Joan Triadú, Maurici Serrahima, Alexandre Cirici, Ramón Muntanyola, Lluís

Serrahima, etc. En el 56, Josep Benet, siempre con el objetivo de hacer de Germinabit una revista de información general de largo alcance, incorporó a su redacción universitarios que le dieron otro aire: Albert Manent, Max Cahner, Ramón Bastardas, que progresivamente arrastraron tras de sí un buen número de reconocidos hombres de la cultura, además de los que ya eran habituales, desde hacía poco tiempo, en Serra D'Or.

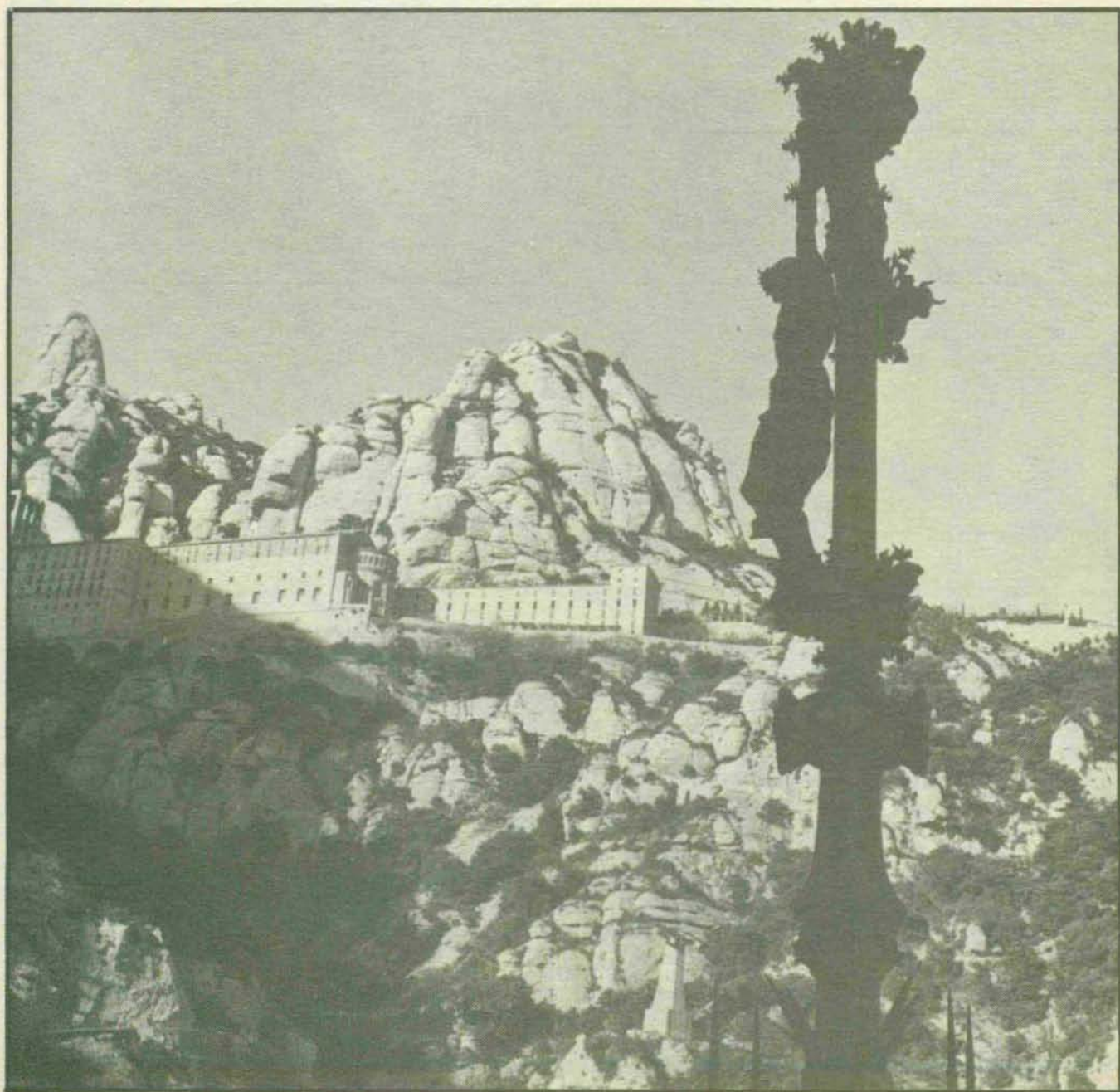
Las dificultades de ambas revistas en estos primeros tiempos no fueron sólo económicas, sino también de índole gubernativa. En el 59, Acedo Colunga las calificaba en su «informe confidencial» a Alonso Vega como peligrosos focos de separatismo. Antes, en el 57, una antología, titulada «Fragments de poética d'alguns literats de tota Catalunya gran», había motivado una seria advertencia del Gobernador a su antagonista Escarré que se solventó cargando el muerto a la inexperience de un joven monje, el

hoy abad Cassià Just, que fue «fulminantemente destituido». Los textos se habían impreso sobre el fondo de un dibujo de los Països Catalans, la enseña cuatribarrada y el escudo de Montserrat. Poco después de la bronca con el Gobernador, Escarré llamó a Cassià Just y le dijo: «Estáis destituido, pero os vuelvo a nombrar enseguida». La importancia de Germinabit y Serra D'Or en aquellos tiempos, fue sobre todo, que introdujeron una cierta normalización, una incipiente normalización embrionaria, en la anormalidad que cercaba la más mínima aspiración catalanista. De ahí que la protección e impulso que les dio Escarré haya sido calificado como «la aportación más importante del abad a la cultura catalana». En la fusión del año 59, Germinabit aportó el equipo literario y Serra D'Or el nombre. Puede decirse que la revista resultante, adquirió un carácter más profesionalizado, periódicamente hablando, con el consiguiente desplazamiento del equipo fundador. El pri-

mer director de la nueva etapa fue Jordi Pinell que, en tiempos del abad Brassó, fue sustituido por Maur M. Boix, actualmente a la cabecera de la publicación. Serra D'Or aumentó sus problemas con Fraga en Información, año 64, que pretendía que se sometiese a censura como cualquier otro medio de comunicación. A este respecto, Brassó escribía el citado año al delegado provincial de Información en Barcelona, Jaime Delgado, reafirmando los privilegios eclesiásticos de

Serra D'Or, «órgano de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat (...). Es una publicación que, en virtud del Concordato, se encuentra ya legalizada desde el primer momento y no necesita autorización ni censura para ser editada». En otro lugar de la carta, el abad Brassó, a quien Massot i Muntaner considera decisivo en la marcha de la Revista, manifiesta al poeta funcionario de Fraga su «pesar por su intervención en la tipografía que trabaja para nuestra imprenta, poco antes

de nuestra entrevista y sin hablarme para nada de ello». En la actualidad, la sensación que transmiten algunos medios próximos a Serra D'Or es que ésta, con sus 17.000 ejemplares de tirada, su carácter, todavía de resistencia cultural, continúa haciendo una labor que, en estos tiempos, ya no debiera corresponderle. Lo que pone en evidencia que la cultura catalana, a pesar del Estado de las Autonomías de tan abstracta formulación e invisible realización, está muy lejos de la normalidad. ■



Una vista general del Monasterio de Montserrat.